

Parte I

Cioran: hombre, obra y escritura

Capítulo 1

Ariès y Cioran. Dos tipos de reflexión sobre la infancia

*María Victoria Alzate Piedrahita
Miguel Ángel Gómez Mendoza*

Universidad Tecnológica de Pereira, Colombia

<https://doi.org/10.61728/AE20255992>



I. Introducción

La infancia en Occidente, lo sabemos, es un objeto de la historia extremadamente difícil de aprehender, porque no la delimitamos casi nunca en vivo, sino a través de las huellas que los adultos nos han dejado. No solamente los elementos a partir de los cuales, por ejemplo, el historiador puede pretender fundamentar su reconstitución, son discordantes según los períodos que estudie; además, lo que plantea el problema del tipo de coherencia que se le puede atribuir al material empleado entre la Antigüedad y el siglo XX. También es probable que el funcionamiento de las sociedades y de las culturas en las que se han inscrito las diversas infancias haya variado considerablemente, lo que prohíbe postular una identidad infantil dada *a priori*, un *ya aquí* de la infancia que el historiador o el ensayista de la infancia deberá *volver a encontrar*.

El campo de los estudios de infancia desde diversas perspectivas, entre ellas la filosófica y la literaria, para citar solo dos, pretende encontrar los límites en los cuales se inscribe cada período del proceso de la infancia, para establecer las obligaciones que ejercen sobre ella las prácticas y los discursos normativos, pero también el juego y las distancias que los actores pueden introducir al interior de la red social y cultural que la ciñe.

En este contexto, este artículo pretende preguntarse por la reflexión sobre la infancia de Emil Cioran, partiendo de la idea de la infancia como *problema*, y profundizar esta aproximación sobre ciertos temas que aparecen como esenciales cuando se trata del estudio de la infancia; que en este caso empleamos para comprender en este marco las reflexiones cioranianas sobre esta etapa o experiencia de nuestras vidas denominada infancia. Se trataría entonces de un análisis general de las condiciones de la infancia con el objetivo de responder, aunque sea de manera general, a la pregunta: ¿cuál es la concepción o la reflexión sobre la infancia en Emil Cioran? Es necesario precisar que nuestra respuesta a esta pregunta se deriva de la lectura e interpretación de fragmentos de un conjunto de obras que consideramos pertinentes, a saber: (a) Gabriel Liiceanu. *E.*

M. Cioran. *Itinerarios de una vida. El apocalipsis según Cioran (última entrevista filmada)*, Barcelona, Ediciones del subsuelo, 2014. Traducción del rumano de Joaquín Garrigos; (b) Emil Cioran, *Scrisori către cei de-acasă*, Bucarest, Editorial Humanitas, 2010. Traducción del francés al rumano de Tania Radu; (c) E. M. Cioran. *Conversaciones*, Barcelona, Tusquets Editores, 1996. Traducción del francés por Carlos Manzano; (d) Philippe Ariès, *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus, 1987. Traducción del francés por Naty García Guadilla; (d) Jean-François Dupeyron, *Nos idées sur l'enfance. Études des représentations de l'enfance en Occident*, Paris, L'Harmattan, 2010. Ahora bien, cuatro son los aspectos fundamentales que se desarrollan a continuación para responder a la pregunta:

(1) Infancia y paraíso en Rășinari. Para Cioran, la infancia como experiencia de vida comporta un período de felicidad que, afirma él, le permite la exaltación de la “caída”, y a esta, encontrar su verdadera dimensión o momento en la infancia. El tiempo pasado en Rășinari hasta cumplir los diez años, en que marchará a Sibiu para estudiar el bachillerato se plasmó en la mente de Cioran como la imagen del “paraíso terrestre”; “Si la palabra paraíso tiene algún sentido, se aplica a ese período de mi vida”,¹ afirma Cioran, ya que el resto de su vida no fue más que un apartamento constante de aquel momento de plenitud, el momento de su infancia.²

¹ A Aurel Cioran, 24 de agosto de 1974. Cuando Fernando Savater pregunta a Cioran en octubre de 1990 si “¿piensa usted volver a Rumania?”, Cioran respondió con una referencia a su infancia: “No, nunca. Ahora han intentado llevarme, pero me niego. ¿Qué sentido tiene volver a mi país después de cincuenta años de ausencia? Toda la gente que conocía ha muerto; sería como ir a un cementerio. Me gustaría, eso sí, volver a mi pueblecito natal, Rășinari. Pero fui demasiado feliz en él durante mi infancia y no soportaría verlo otra vez. Me gustaría hablar con los campesinos, con la gente del campo... El pueblo rumano es el más escéptico que hay: es alegre y desesperado a la vez. Por razones históricas, cultiva la religión del fracaso. Recuerdo de mi infancia a un tipo, un campesino a quien le correspondió una gran herencia. Se pasaba el día de taberna en taberna, siempre borracho, acompañado de un violinista que tocaba para él. Mientras los demás iban al campo a trabajar, él paseaba de taberna en taberna, el único hombre feliz del mundo. En cuanto oía el sonido del violín, yo corría a verle pasar, porque me fascinaba. Se lo gastó todo en dos años y luego se murió. No, no volveré a Rumania”. (Fernando Savater, *Todo mi Cioran*, Ariel, Barcelona, 2018, p. 192)

² Es importante precisar que nos interesa ante todo su reflexión sobre la infancia. O su “representación” o su “concepción” antes que sus consideraciones sobre el niño o la

(2) Considerar esos extraordinarios años de su niñez, que se desgajaron paulatinamente de su vida y que para Cioran cobraron la prestancia de un “acontecimiento premundano”, de una suerte de preexistencia de *otra vida*³ desde una reflexión sobre la infancia como espacio y experiencia de inocencia, felicidad, mito y mitificación. La representación de la infancia funciona como un mito para ofrecer un apoyo o fundamento narrativo a las creencias que sobre este grupo social y sus integrantes, niños y niñas, tienen las sociedades occidentales. Esta visión describe al niño idealizado, construye una imagen del niño puro, inocente, visionario, angelical: es el *mito de la infancia inocente y paradisiaca*, tan empleada por los adultos.

(3) Se considera en términos analíticos que la reflexión cioraniana sobre la infancia se podría relacionar con una perspectiva clave en los estudios históricos sobre la infancia: “Sentimiento” de infancia de Philippe Ariès, Para ello apelamos a la obra del historiador por excelencia de la infancia occidental: Philippe Ariès y a una de sus ideas clave: la infancia occidental corresponde a un “sentimiento” individual y colectivo que los adultos modernos y contemporáneos asumimos como evidente.

II. Infancia y paraíso en Rășinari

El primer capítulo o apartado de la obra de Gabriel Liiceanu *E. M. Cioran. Itinerarios de una vida. El apocalipsis según Cioran (última entrevista filmada)*, que tiene como título: “Ese maldito Rășinari, ese espléndido Rășinari” nos sirve como punto de partida para nuestra reflexión sobre la infancia en Cioran.

niña en específico, si bien este último hace parte del grupo social y generacional asociado a la infancia y es protagonista de la experiencia de infancia. Podría aquí llamar la atención la siguiente afirmación de Cioran, cuando dialoga con Branca Bogavac Le Compte. “Por consiguiente, no piensa usted, como Rousseau, que el hombre nazca bueno. ¡Eso es un error fundamental! Es completamente falso. Mire los niños, ¡lo malvados que son! Creo que hay que aceptarlo, pues no tenemos alternativa. El hombre lo sabe, lo siente, es peor, incluso, que los animales”. (E. M. Cioran, *Conversaciones*, p. 212). (E. M. Cioran, *Conversaciones*, p. 212).

³ “Todo lo que se refiere a nuestro pueblo me conmueve profundamente, al propio tiempo tengo una sensación de irrealidad, de algo inconcreto y lejano, como de otra vida”. A Bucur Țincu, 1 de septiembre de 1971.

Emil Cioran, segundo hijo de Emilian Cioran y de Elvira (Comaniciu) Cioran, nace el 8 de abril de 1911 en Rășinari, aldea de pastores de ovejas y leñadores situada en Transilvania, “la región de más allá de los bosques”, que para un occidental evoca por lo general la legendaria tierra de Drácula. Su padre es el cura ortodoxo del pueblo y su abuelo paterno, Șerban Cioran, desempeñó la función de ecónomo en dicho lugar. Su abuelo materno, Gheorge Comaniciu, era originario de Veneția de Jos, localidad de la provincia de Făgăraș, y durante el Imperio austrohúngaro ejerció de notario y recibió el título de barón. “Ese maldito, ese espléndido Rășinari”, como lo llama Cioran, cuya imagen lo persiguió sin cesar como un lugar que libera y luego atrae hacia sí de tal modo que marca indeleblemente su infancia y toda su vida, es una de las poblaciones rumanas más antiguas de Transilvania [...]. Toda la vida de Cioran se desarrollará en el horizonte de cansancio (“¡el cansancio es la especialidad de mi familia!”) y estará dominada por la sensación intolerable de “llevar una carga”; la obra, a su vez, toma cuerpo en esta vertiente negativa de la existencia, del mal prescrito que actualizamos por el hecho mismo de nacer y vivir la experiencia de la infancia.

Sin embargo, para que el mal pudiese actuar, como dice el mismo Cioran, era menester que su vida comportase un período de felicidad que permitiera la exaltación de la “caída”, y a esta, encontrar su verdadera dimensión: la infancia.

El tiempo pasado en Rășinari hasta cumplir los diez años en que marchará a Sibiu para estudiar el bachillerato, se plasmó en la mente de Cioran como la imagen del “paraíso terrestre”; “Si la palabra paraíso tiene algún sentido, se aplica a ese período de mi vida”⁴, afirma Cioran, ya que el resto de su vida no fue más que un apartamiento constante de aquel momento de plenitud, el momento de su infancia. “No existe un solo instante en el que no haya estado consciente de encontrarme fuera del Paraíso.”⁵ Se podría decir que su vida posterior a la infancia corresponde al paraíso terrestre perdido.

⁴ A Aurel Cioran, 24 de agosto de 1974.

⁵ E. M. Cioran, *Del inconveniente de haber nacido*, [Trad. de Esther Seligson], Taurus, Madrid, 1985, p. 33.

4. Carta 72 (p. 57) A Aurel Cioran

Paris, 10 de abril de 1967

Querido Relu,

Me acuerdo muy bien de la casa grande, pero muy poco del Museo de Historia Natural. Mi memoria, intacta en lo que tiene que ver con Rășinari, a veces me traiciona cuando se trata de Sibiu. Con la edad, la infancia resucita cada vez más, en detrimento de la adolescencia y todo lo que siguió [...].

En este contexto, cuando Michael Jakob, pregunta a Cioran: ¿Y si comenzáramos por su infancia en Rumania? ¿Tiene usted aún bien presente su infancia? Responde:

Sí, *extraordinariamente* presente. Nací en Rășinari, un pueblo situado en los Cárpatos, en la montaña, a doce kilómetros de Sibiu-Hermannstadt. Ese pueblo me gustaba muchísimo; tenía diez años cuando lo abandoné para ir al instituto de Sibiu y nunca olvidaré el día o, mejor dicho, la hora en que mi padre me llevó allí. Había alquilado un coche de caballos y yo lloré, lloré todo el tiempo, pues tenía el presentimiento de que se había acabado el paraíso. Aquel pueblo montañoso tenía para mí, de niño, una enorme ventaja: después del desayuno podía desaparecer hasta el mediodía, volvía a casa y, una hora después, desaparecía de nuevo para andar por las montañas. Aquello duró hasta los diez años. Más adelante, tuvo otra “ventaja” vivir allí: durante la guerra de 1914, mis padres —como rumanos que eran— fueron deportados por los húngaros; y mi hermano y hermana y yo, nos quedamos con nuestra abuela: en una palabra, ¡que éramos totalmente libres! ¡Fue la época ideal! Me gustaban mucho los campesinos y, más aún que los campesinos, los pastores: sentía como un culto por ellos. Cuando hube de abandonar aquel mundo, tuve el presentimiento de que, para mí, algo se había roto para siempre. Lloraba y lloraba y nunca lo olvidaré.⁶

La topografía de este paraíso de la infancia, agrega Liiceanu, tiene sólidas referencias: primero la “callecita de la infancia”, que se abría a mano derecha justo con la casa de la familia Cioran. Las ventanas de las tres

⁶ Cioran, *Conversaciones*, pp. 221-222.

habitaciones dan a los nogales (hoy desaparecidos) de la calle Mayor y al río Caselor. Frente a la puerta, en medio de un grueso muro de cerca que conduce a la entrada de la antigua Iglesia Unida. Desde el campanario situado en la torre de la iglesia, que abre y flanquea la parte izquierda de la calle, la mirada recae en el patio de la casa y, en la lontananza, más allá del confín de la aldea, se detiene en un terreno escapado cubierto de pastos y, a trechos, de bosque: la famosa Coasta Boacii, el anhelado lugar de juegos que incesantemente evoca Cioran a lo largo de su vida. Pasadas diez casas, la calle desemboca en un lugar abierto bordeado a la izquierda por el imponente edificio de la escuela, y a la derecha, por la vieja iglesia donde oficiaba el sacerdote Emilian Cioran. Desde la plaza de la iglesia y de la escuela, el camino atraviesa el río Caselor para entrar en la calle donde se encuentra la casa de Octavian Goga⁷ y subir serpenteando hasta el cementerio. Junto al camposanto de la colina, lindando con las primeras tumbas, la familia tenía un huerto donde, en el verano, Cioran iba cada día. “¡Cuántas veces le habré hecho compañía al sepulturero! No puedes imaginarte lo hondo que se han clavado en la mente todas aquellas imágenes: entre ellas y yo se interpuso, pero sin empañarlas, un período estúpido que a uno le da vergüenza haber vivido”.⁸

1. *Carta 67. (p. 55) A Aurel Cioran*

“Paris, 3 de febrero de 1967.

Querido Relu,

Las imágenes de Sibiu me causaron gran placer y te agradezco mucho por habérmelas enviado. Si por si acaso te topas con el libro de Păcăla sobre Rășinari⁹, cómprala de inmediato, no importa

⁷ Octavian Goga (1 de abril de 1881, Rășinari, Sibiu - 7 de mayo de 1938, Ciucea, Cluj) fue un poeta, académico y político rumano, primer ministro de Rumanía entre el 28 de diciembre de 1937 y el 11 de febrero de 1938. Se le consideró el mayor poeta rumano de su época.

⁸ A Gabriel Liiceanu, 12 de febrero de 1983.

⁹ Monografía de Rășinari, elaborada en 1915 por el sacerdote Víctor Păcăla, profesor del Seminario “Andreian” de Sibiu. La mayoría de las informaciones y descripciones que tenemos hoy sobre Rășinari provienen de esta obra: “cuando nació Cioran en la población había 23 tiendas, tres pequeños hoteles, cinco tabernas y 50 alcohólicos notables. Se fallecía de neumonía y de enfermedades del corazón, y la mayoría de la población ignoraba las casi cien fuentes de la comuna, bebían agua de los ríos que atravesaban la localidad. En Rășinari vivían 5.700 almas, cuidadas por ocho parteras y un doctor

cuánto cuesta. En cuanto más envejecemos, la infancia gana límites cada vez más claros. [...] Aquí hace un invierno no acostumbrado de suave. Con el que me acostumbro con dificultad —Me falta la nieve— la nieve y tantas otras cosas [...].

Más tarde Cioran dirá que los años de su niñez, por lo que tienen de extraordinarios, se desgajaron paulatinamente de su vida y cobraron la prestancia de un “acontecimiento premundano”, de una suerte de “pre-existencia” de *otra vida*.¹⁰

5. Carta 185 (p. 103) A Aurel Cioran

Paris, 30 de junio de 1972

Querido Relu,

[...] En agosto me devuelvo a Dieppe. Para ser sincero, no creía ya más que mi amigo me propusiera también este año el apartamiento. Pensé, con miedo, que me quedaría todo el verano en Paris. Demasiados invitados y ¡no solo donde nosotros! Ya no soporto a los hombres. ¿De qué sirve conversar —y sobre qué? —. El único lugar donde me gustaría estar es Șanta¹¹. ¡La infancia es una realidad gigante! Con cariño, Miluț

y era una localidad considerada rica, cuya riqueza —estimada por Păcăla— llegaba a 22.6 millones de coronas austrohúngaras [...]”. En una de sus calles fue construida la más grande escuela de Ardeal —llamada hoy Octavian Goga—, en homenaje al ilustre escritor que nació en esta comuna [...]. En su trabajo Păcăla, pasa revista a las organizaciones con estatus jurídico de la localidad, menciona en dos ocasiones al papá de Cioran. El sacerdote Emilian Cioran quien llevaba la contabilidad de la sociedad de crédito y de economía “Andreiana” y era el presidente de “Reuniones de los artesanos”, una asociación fundada en 1911, con 36 integrantes, cuyo fin era “la promoción de los intereses intelectuales, morales y materiales de los comerciantes de la comuna”. “La conducción está en buenas manos (el párroco Emilian Cioran)”, dice la monografía. (Ver: “Paradisul” din Rășinari, la un secol de la nașterea lui Emil Cioran. En: <https://evz.ro/rasinarii-la-un-secol-de-la-nasterea-lui-emil-cioran-926042.html> 22 de abril de 2011. Acceso: 13-10-2023).

¹⁰ “Todo lo que se refiere a nuestro pueblo me conmueve profundamente, al propio tiempo tengo una sensación de irrealidad, de algo inconcreto y lejano, como de otra vida”. A Bucur Țincu, 1 de septiembre de 1971.

¹¹ “Una vez arraigado en la memoria del niño, Rășinari, con la casa paterna y “estos lugares”, la pista, la iglesia, el cementerio, Coasta Boacii, Casa Barcianu, el verde y la nieve, irradian constantemente como las campanadas de un reloj, el llanto maduro

6. Carta 290 (p. 145) A Aurel Cioran

Paris, 12 de diciembre de 1975

Querido Relu,

[...] ¿Qué más hacen los “niños”? Tengo de alguna manera remordimientos de haberlos abandonado, pero me decepcionaron de tal manera, que ya no tengo coraje, ni deseo de ocuparme de ellos. — Llegó el frío y pienso en los inviernos de nuestra infancia, cuando todo el río se congela—. Me falta la nieve. Después de las santas fiestas de navidad, te enviaré de nuevo libros. Con cariño, Miluț.

Considera Liiceanu que Cioran explicó su pesimismo, entre otras razones, por el desastroso contraste entre los primeros años de su vida y todo lo que les siguió: “Si hubiese tenido una infancia triste, habría sido mucho más optimista en mis ideas [...]. Eso me destruyó interiormente en cierto modo”.¹² El elogio de la infancia, feliz por su ignorancia, encontrará en la obra cioraniana su correspondencia directa mediante la exaltación de los estados precognitivos,¹³ o sea, en el orden mítico, la fase precedente a la caída en el tiempo (es decir, en la historia), en el orden natural a la existencia preverbal y en el humano a la proximidad con la naturaleza por oposición a la vida civilizada y cultural. “Cualquier pastor rumano es más filósofo que un intelectual de aquí”.¹⁴ Con la mente puesta en

del filósofo y las contradictorias etapas de su biografía espiritual en París, cualquier cambio en la imagen sedimentada provoca inquietud: “No puedo imaginar nuestra casa sin los nogales junto al río. Me dolió enterarme de que la vista alrededor de la propiedad de los Barcianu se había desfigurado. Era la única casa en el mundo donde me hubiera gustado retirarme. Tenía poesía y un encanto que me recordaban al universo de Turgenev.” El filósofo reconoce que su memoria, “débil en muchas otras cosas”, no es así cuando se trata de “estos lugares”, Rășinari, Ocna Sibiului, Trăineii, Șanta, Păltiniș, Poplaca, Sebeș, Cisnădie, Făgăraș, Sibiu: “Echo de menos Sibiu, el parque, la Dumbravă, Șanta, incluso la casa en ruinas. Es estúpido, pero no puedes luchar contra la memoria, especialmente contra las ilusiones del pasado [...]”.

¹² Cioran, *Conversaciones*, 1996, p. 28.

¹³ Desde el momento en que la fuente del sufrimiento es la conciencia, la lucidez, la superconciencia, “la conciencia es algo más que la espina, es el puñal en la carne” (*Del inconveniente de haber nacido*, p. 49).

¹⁴ “Cuanto más primitivo se es, más cerca se está de la sabiduría originaria que los seres civilizados han perdido. El burgués occidental es un bruto que no piensa más que en el dinero. Cualquier pastor rumano es más filósofo que un intelectual aquí”. Carta de Aurel Cioran, 6 de abril de 1972.

ese único período de su vida, Cioran escribirá en 1973 a su amigo de la infancia Bucur Țincu: “¡Cuánto desearía volver a ver calle por calle, rincón por rincón, ese maldito, ese espléndido Rășinari y concluir el día juntos en una taberna, si es que existe alguna!”.

*10. Carta 628 (p. 333) a A Bucur Țincu*¹⁵

[1973]

Querido Bucur

[...] Yo he sido siempre un débil, el típico “degenerado”. Es un milagro que logre llevar tanto tiempo sobre esta tierra estúpida. Que idea extraña de creer que sería un “punto de apoyo” para los amigos, ¡una especie de maestro espiritual! Si hubiese permanecido allí y las condiciones históricas fueran otras, quizás hubiese hecho un esfuerzo para “realizarme” en algo. Claro está, de modo hipotético, porque tengo la convicción que en el fondo mi verdadera ocasión es la de permanecer como un “marginal”, un tipo no integrado a nada [...]. Tú tienes la suerte de haber conservado las raíces incrustadas en la realidad de allá. Busca superar la desgracia y no dejes vencer de la desesperación, en lo posible. Algunas veces —y, en definitiva, lo inverosímil podría convertirse en realidad—, me veo contigo en Rășinari, hablando sobre nuestra extraordinaria infancia. Mejórate, es todo lo que te deseamos, de todo corazón, Simona y yo. Lo mejor para tu esposa. Con viejo cariño, Luț.

P.S. Te he remitido un Marco Aurelio. Lo tengo en unas siete traducciones. El único filósofo que puede ser leído en los momentos de gran crisis.

11. Carta 635 (p. 338) a A Bucur Țincu

Dieppe, 27 de abril de 1980

Entre la idea de inmortalidad y vida que llevas en una aldea existe una correlación que percibo como no puede ser mejor. Primero porque me acuerdo perfecto de nuestra infancia a la sombra de Coasta Boacci, luego porque vivo desde hace tiempo vivo en una ciudad frenética, donde la misma idea de eternidad se ha vaciado

¹⁵ Nació el 7 de septiembre de 1910, en la comuna Rășinari, provincia de Sibiu. Ensayista e historiador de la Literatura.

de cualquier contenido y sentido. Somos no obstante viejos, ¡así como no sé cuánto nos concierne, a nuestra edad todo esto! Recuerdos y resignación, es lo que nos ha quedado.

De Sibiu a Bucarest: las revelaciones de la noche, denomina Gabriel Liiceanu, el giro que tiene la vida del niño Cioran. Así pues, en 1921 tiene lugar la “expulsión del paraíso”:¹⁶ el niño se aloja en Sibiu con una familia y se matricula en el liceo Gheorge Lazăr. En 1924, el cura Emilian Cioran, designado protopope de Sibiu —“consejero metropolitano”, según puede leerse en los sobres de las cartas de 1946 que el hijo envía a sus padres—, se traslada con toda su familia a Sibiu, a la calle Tribunei 11 (actualmente 24). A los quince años Cioran comienza sus lecturas filosóficas [...].

En este mismo sentido, Andrei Avram¹⁷ anota: “La escuela primaria la cursa en su pueblo natal, en un intervalo comprendido entre 1917 y 1921. En los siguientes siete años (1921-1928) sigue los cursos del liceo “Gheorge Lazăr” de Sibiu. Abandonar el pueblo será equivalente para Cioran con la “expulsión del paraíso” donde vivió su infancia, la evocación de la belleza de Rășinari y otros recuerdos serían un leitmotiv de su correspondencia y de las conversaciones del filósofo,¹⁸ como lo hemos tratado de mostrar.

Así, cuando Michael Jakob, pregunta a Cioran: “¿Al oírlo hablar así, ¡parece que lo arrancaron, literalmente, del suelo natal?”, responde:

De la tierra y de aquel mundo primitivo que tanto me gustaba, con la sensación de libertad que entrañaba. Con que me encontré en Sibiu, ciudad muy importante en Austria-Hungría, ciudad en cierto modo fronteriza y con muchos soldados. Tres etnias cohabitaban

¹⁶ “Durante diez años estuve vagabundeando, de la mañana a la noche, en una especie de paraíso. Cuando tuve que abandonarlo y marcharme a Sibiu, en el carricoche tuve un acceso de desesperación que recuerdo aún hoy”. A Gabriel Liiceanu, 1 de noviembre de 1987.

¹⁷ Vid. Andrei Avram, “Emil Cioran. Eseu biografic”, Constantin Vasilescu. Florin S. Soare. *Incursiuni biografice în comunil românesc*. Anuarul Institutului de Investigare a Crimelor Comunismului și Memoria Exilului Românesc, Vol XII, 2017, p. 20.

¹⁸ Vid. Emil Cioran. *Scrisori către cei de-acasă*, [Trad. del francés por Tania Radu]. Humanitas, Bucarest, 2010.

en ella, sin dramas, debo decirlo: los alemanes, los rumanos y los húngaros. Tal vez sea curioso, pero aquello me marcó para el resto de mi vida: no puedo vivir en una ciudad en la que solo se hable una lengua, enseguida me aburro en ella. Me gustaba precisamente la diversidad de esas tres culturas, si bien la cultura de verdad era, naturalmente, la alemana; los húngaros y los rumanos eran como unos esclavos que intentaban liberarse [...]. Si la palabra nostalgia tiene un sentido, es, a fin de cuentas, el pesar de haber tenido que abandonar una ciudad como aquella e incluso haber tenido que abandonar mi pueblo. En el fondo, el único mundo verdadero es el mundo primitivo, donde todo es posible y nada se actualiza¹⁹.

III. La reflexión cioraniana sobre la infancia: paraíso, felicidad inocencia, mito y mitificación

Precisamente cuando Michael Jakob, pregunta a Cioran: *De hecho, se desarraigó en varias ocasiones*, contesta que efectivamente así ha sido en varias ocasiones:

Sí, varias veces. Primero fue el abandono de mi *infancia* y después mi vida en Sibiu. ¿Por qué fue Sibiu una ciudad importante para mí? Porque allí fue donde sufrí el gran drama de mi vida, un drama que duró varios años y me marcó para el resto de mis días. Todo lo que he escrito, todo lo que he pensado, todo lo que he elaborado, todas mis divagaciones se remontan a ese drama. Es que a los veinte años más o menos perdí el sueño y lo considero el mayor drama que pueda ocurrir. Recuerdo que me pasaba horas paseando en plena ciudad: Sibiu es una ciudad muy hermosa, una ciudad alemana que data de la Edad Media. Conque salía hacia la medianoche y me paseaba, sencillamente por las calles, solo había algunas putas y yo en una ciudad vacía, el silencio total: la provincia. Pasaba horas vagabundeando por la ciudad, como un fantasma, y todo lo que he escrito posteriormente fue elaborado durante aquellas noches. Mi primer libro, "*Pe culmile disperării*". (En las cimas de la desesperación), se remonta a aquella época [...] (cursivas nuestras).²⁰

¹⁹ Cioran, *Conversaciones*, pp. 222-223.

²⁰ Cioran, *Conversaciones*, pp. 222-223.

La representación de la infancia funciona como un mito para ofrecer un apoyo o fundamento narrativo a las creencias que sobre este grupo social y sus integrantes, niños y niñas, tienen las sociedades occidentales. Esta visión describe al niño idealizado, construye una imagen del niño puro, inocente, visionario, angelical: es el mito de la infancia inocente y paradisíaca, tan empleada por los adultos. En virtud de este enfoque, el niño ya no es más descalificado, sino que juega un rol positivo: para agradar a alguien es suficiente entonces decir que ha sabido guardar “un alma de niño”.

Señor Cioran, la vida, con los años, ¿se ha vuelto más sencilla o más difícil para usted? Pregunta Helga Perz. Responde Cioran: “Imagínese: más sencilla. Mi infancia era el paraíso terrenal. Nací no lejos de Hermannstadt, en un pueblo de montaña rumano, y estaba constantemente fuera de casa, de la mañana a la noche. Cuando tuve que abandonar aquel pueblo a los diez años para ingresar en el instituto, tuve la sensación de una gran catástrofe. Lo peor llegó cuando tenía dieciséis o diecisiete años. Mi juventud fue en verdad una catástrofe. Empecé a padecer insomnio y no estaba en condiciones de hacer nada. Pasaba todo el día acostado. En contraste con mi infancia fue una gran experiencia para mí [...]”²¹.

Para Chombart de Läuwe, “mitificar el personaje que vive la experiencia de la infancia, consiste en una simbolización del niño que es desrealizado, esencialista e inserto en un sistema de valores del cual él forma el centro”.²² Dicho de otra manera: si el niño se convierte en un personaje mítico, es porque la infancia (como experiencia y como edad de vida) se convierte en un valor cardinal en el marco de una representación o concepción global de lo humano. El ser niño o su condición, en lugar de ser un defecto, es entonces una calidad, la cualidad, aquella que confiere un valor a los individuos que se supone deben poseerlo.

Se organizan alrededor de la infancia la atribución de toda una gama de cualidades idealizadas: pureza, inocencia, clarividencia, visionario,

²¹ Cioran, *Conversaciones*, p. 28.

²² Chombart de Läuwe, *Un monde autre : l'enfance (de ses représentations à son mythe)*, Payot, París, 1971, p. 14.

santidad, honestidad, franqueza, espontaneidad, creatividad, despreocupación alegre y otros trazos de una esencia particular. Porque la infancia en esta concepción es una *creencia positiva* de nosotros los adultos, este modelo representacional la fija o inscribe en una esencia perfecta, eterna y admirable: “el estado de infancia, transitorio para cada ser, finaliza en un proceso de mitificación, mediante el cual se concede demasiada estima o valoración a la infancia, en un valor que puede trascender la misma realidad infantil que vive el niño y se convierte así en otra manera de existir, en función de la cual, todo el contexto, en este caso de la infancia, recibe cualificaciones particulares: la infancia deviene inmutable, idéntica a ella misma, eterna.

¿Y nunca ha recuperado la armonía con la infancia? Pregunta Helga Perz. Responde Cioran: No, pero la recuerdo como algo totalmente perdido, como algo sucedido en un mundo anterior. Me parece tan lejana en el pasado y al tiempo tan presente... Como todas las personas de edad, recuerdo con mucha exactitud mi infancia, pero como algo absolutamente alejado: algo que no es ni siquiera mi vida, sino otra vida, una vida anterior. Si hubiese tenido una infancia triste, habría sido mucho más optimista en mis ideas, pero siempre he sentido, inconscientemente incluso, ese contraste, esa contradicción entre mi infancia y todo lo que vino a continuación. Eso me destruyó interiormente en cierto modo”²³.

Ahora bien, el núcleo de esta representación valoriza en lugar de desvalorizar y atribuye cualidades inversas o contrarias a los defectos, carencias, defectos asignados socialmente y todo el tiempo a los niños. La infancia se convierte en un estado envidiable, puro, verdadero modo de existir, de percibir, de comunicar, de pensar, de imaginar, de amar, etc. Y todo se organiza alrededor del personaje mítico de la infancia; por ejemplo, los adultos podrían ser juzgados en función de su comportamiento y relación de recuerdo, de nostalgia o memoria respecto a la infancia: ¿qué hacen ellos por la infancia? ¿qué hacen los adultos como niños? ¿qué recordamos y añoramos como adultos de los niños? Así, la desaparición de la infancia y el tránsito a otros estados y experiencias individuales

²³ Cioran, *Conversaciones*, pp. 28-29.

(juventud, adultez) es la muerte o la desaparición de la *inocencia*, la nostalgia de la infancia como del paraíso perdido.

¿La nostalgia del paraíso perdido? Pregunta Helga Perz. Responde Cioran: Sí, hay tres lugares que son importantes para mí: París, Dresde y esa región de Hermannstadt en la que nací. París me fascinaba; cuando era joven quería ir a París y vivir en París. Lo logré, pero hoy estoy un poco cansado de esta ciudad, llevo demasiado tiempo viviendo en ella. Dresde era la ciudad que más me gustaba, después de París. Hermannstadt queda más o menos fuera de mi alcance. Podría volver a ella, pero no quiero. Ya no tengo patria. Pero el lugar en el que pasé mi infancia está para mí, tan presente como si lo hubiera visto hace unos días ²⁴.

Las características de esta infancia idealizada se pueden rastrear en la literatura y en el campo de la filosofía por la vía o el sesgo de las variaciones discursivas de la filosofía, luego se puede encontrar una especie de matriz común, que permite representar la infancia idealizada, la infancia inocente, la infancia mítica o mitificada conformada por los siguientes elementos:

(1) La esencialización del niño, vista como un tipo ideal de humanidad verdadera, corresponde a los discursos angelicales sobre la bondad de los niños y su correspondiente experiencia de infancia, quienes viven sin violencia o malas intenciones.

(2) A la descripción de las cualidades visionarias del niño, de su intuición y comunicación con los seres, corresponde la relación entre el espíritu del artista y el del niño: “el niño se siente hijo del cosmos cuando el mundo humano lo deja en paz. Y es de esta manera como en sus soledades, cuando es el maestro de sus ensueños, el niño conoce la felicidad de soñar que será después la felicidad de los poetas”, escribe Gaston Bachelard.²⁵ El poeta, el artista han sabido seguir siendo niños, esto es, viven su experiencia de infancia, aptos para la imaginación creadora, para la ensoñación. Su espíritu es eternamente infantil o rejuvenecido por su arte. Sin embargo, cuando nos acercamos al sentido y origen de

²⁴ *Ibidem*, p. 29.

²⁵ Gaston Bachelard, *La poétique de la rêverie*, PUF, París, 1971, p. 84.

la imaginación infantil es necesario estar atentos para ver que ella puede morir en el común de los individuos.

(3) De manera general, la descripción mitificada de la infancia encuentra cierta expresión en el campo filosófico, psicológico o de la teoría del conocimiento cuando estas desvalorizan las *mediaciones* racionales (el razonamiento, la argumentación, la lógica) en beneficio de las intuiciones *inmediatas*, de las aproximaciones instintivas. La infancia sería una etapa de vida y una experiencia donde la conciencia moral se opone a la racionalización, en tanto que el niño no está impedido para escuchar naturalmente la voz instintiva de su corazón; él no podría ser vicioso y, si comienza a razonar, se podría desviar del camino correcto. El niño es aquel que en su experiencia de infancia escucha espontáneamente la conciencia moral, él es bueno e inocente sin mediaciones, *inmediatamente*, por tanto *naturalmente*; mientras que el adulto es, por el contrario, aquel que calcula a través de la razón. Este podrá ser virtuoso por mediación, selección y esfuerzo, o ya sea a veces con frecuencia, degenerar en egoísmo, corrupción de la verdadera humanidad, dilapidando así el tesoro de inocencia, instintividad, imaginación, creación, ensoñación, recuerdo, memoria, resurrección (volver a ser), de paisajes y espacios a recordar y añorar que la infancia le aporte. Luego entonces, el adulto podría ser, como norma general, un sujeto que corrompió y desperdició su infancia, una degeneración moral de la humanidad.

En este marco, la consecuencia general que se deriva de esta matriz común se podría enunciar así: si la infancia idealizada funciona como una esencia y un valor, lo que es humano es apreciado en función de una escala cuya unidad es el grado de infancia. De ahí un principio descriptivo cuasi ontológico: entre más el individuo se acerca a la esencia pura e inocente de la infancia, más puede ser definido como *auténtico*. De lo dicho, se derivarían dos elementos clave:

(a) *La edad*: entre más edad tiene el niño, más se aleja de la esencia de la infancia, valorizar la infancia significaría a veces desvalorizar la adolescencia y la adultez. Esta concepción de la infancia, reiteramos, es testimonio de un sistema de valores focalizado sobre la idea de infancia-inocencia e infancia-mitificada.

7. Carta 437 (p. 214-215) a Arșavir Acterian²⁶

Paris, 6 de marzo de 1972

Querido Arșavir,

Me alegra que no te preocupes por nada... Pero existen maravillas “pequeñas” es cierto, pero al fin y al cabo maravillas. [...] Desde la distancia, todo parece convencional, esto es “mito”. Cuando pienso en mi propia vida, me asusto cuan falsa es la imagen que se me cristaliza en la medida en que los años pasan. La infancia, me parece un paraíso. De hecho, ha sido poco, porque la ansiedad me fue compañera fiel desde cuando nací.

Te agradezco que me hayas dado una noticia tan buena. Con amistad, E. C.

(b) *El respeto a la infancia*: si la infancia es un tesoro y un paraíso perdido, ella se debe escuchar, recordar, dejar vivir en libertad. La expresión intuitiva y espontánea de los niños, la nostalgia y el recuerdo de ese paraíso perdido de la inocencia inicial implica un reconocimiento de los tiempos y la naturaleza del niño. Sin olvidar advertir los riesgos de una visión o reflexión sobre la infancia que derive en sensiblería, en un angelismo educativo poco realista.

11. Carta 635 (p. 338) a A Bucur Țincu

Dieppe, 27 de abril de 1980,

Entre la idea de inmortalidad y vida que llevas en una aldea existe una correlación que percibo como no pude ser mejor. Primero

²⁶ Nació el 18 de septiembre de 1907 en Constanța, en una atmósfera maravillosamente descrita en las primeras páginas del volumen *Privilegiați și năpăstuiți* (Privilegiados y oprimidos), Editorial del Instituto Europeo, Iași, 1992. Arșavir Acterian fue periodista apasionado, escribió crónicas de libros, de teatro y de plástica, religiosa, musical, etc., secretario de redacción de la revista *Vremea* de los hermanos Donescu, amigo y corifeo de la generación de los años 30, pero en especial de Eugen Ionescu y Emil Botta. Estuvo seriamente atraído un tiempo por la extrema derecha (*vid. Anii treizeci. Extrema dreaptă românească*, Editorial de la fundación Cultural Runa, Bucarest, 1995), estuvo preso durante varios años (1949-1953, 1959-1964) en Jilava, Aiud y Canal, llevó luego una existencia “vegetativa”, marcada por publicaciones esporádicas de artículos evocadores publicados en los años 80 en las revistas *Orizon*, *România Literară*, *Cronica*, luego en *Apostrof*, etc. Después de 1989 se dedicó casi en exclusivo a los esfuerzos de publicación del *Jurnalul* de su hermana Jeni (directora de cine y memorialista) y de los libros de su hermano Haig Acterian (crítico y director de teatro, director del Teatro Nacional de Bucarest), murió el 17 de diciembre de 1997.

porque me acuerdo perfecto de nuestra infancia a la sombra de Coasta Boacci, luego porque desde hace tiempo vivo en una ciudad frenética, donde la misma idea de eternidad se ha vaciado de cualquier contenido y sentido. Somos no obstante viejos, ¡así como no sé cuánto nos concierne, a nuestra edad todo esto! Recuerdos y resignación, es lo que nos ha quedado.

A ti, con amistad, Luț.

IV. Sentimiento de infancia en Philippe Ariès y a reflexión cioraniana sobre la infancia

Ahora bien, en un tercer momento argumentativo, lo que llamamos la *concepción* cioraniana de la infancia se puede explicar o entender desde una perspectiva de orden histórico. Para ello apelamos a la obra del historiador por excelencia de la infancia occidental: Philippe Ariès y una de sus ideas clave: la infancia occidental corresponde a un “sentimiento” individual y colectivo que los adultos modernos y contemporáneos asumimos como evidente. Ahora bien, la obra de Philippe Ariès, *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, se fundamenta en una doble hipótesis. La primera, que fue la más discutida y criticada, es que en la sociedad tradicional no se representa al niño; en la sociedad medieval, el “sentimiento” de la infancia, es decir, la conciencia de la particularidad infantil, “esta particularidad que distingue esencialmente al niño del adulto incluso joven”, no existe: “En cuanto el niño pueda vivir sin el cuidado de su madre, de su niñera o de su cuidadora, él pertenece a la sociedad de los adultos y tampoco se distingue”.

Por tanto, sería mucho más apropiado hablar a propósito del niño del aprendizaje antes que del niño de la educación, porque el niño se aleja muy rápido de sus padres: a los ojos del autor, la sola actitud determinable frente a la infancia sería entonces un “sentimiento superficial”, el *mignotage* (trato con delicadeza), que pertenece “al vasto campo de los sentimientos no expresados”, y corresponde a la diversión que viven los adultos frente a la “pequeña cosa divertida”, que es un niño en todos sus primeros años, como delante de “un animal; un pequeño mico impúdico”. En realidad, lo esencial de los intercambios afectivos o sociales sucedería fuera de la familia, en una sociabilidad más amplia de vecinos o amigos, la de la comunidad rural o de vecindario.

5. Carta 185 (p. 103) A Aurel Cioran

Paris, 30 de junio de 1972

Querido Relu,

El texto en cuestión, que no es muy grandioso, apareció, pero por motivos fáciles de entender encontré que no está bien enviártelo. No has perdido nada, sinceramente hablando —Hacia finales de julio parto diez días cerca antes, a trabajar.... con los brazos. En agosto me devuelvo a Dieppe. Para ser sincero, no creía ya más que mi amigo me propusiera también este año el apartamento. Pensé, con miedo, que me quedaría todo el verano en París. Demasiados invitados y ¡no solo donde nosotros! Ya no soporto a los hombres. ¿De qué sirve conversar— y sobre qué? El único lugar donde me gustaría estar es Şanta. ¡La infancia es una realidad gigante!

Todo cambia —es la segunda hipótesis del libro de Ariès— con el apartamiento del niño que tiene lugar en la época moderna por la conjunción de dos grandes movimientos. De una parte, comienza el lento proceso de escolarización del niño que sucede ante nuestros ojos: la nueva institución que es el colegio desde el siglo XVI, a la que se integra en el siglo XVII la escuela de caridad, concebida para los pobres, se ocupa del aprendizaje como modo de educación. Gracias a esta puesta en “cuarentena” en un lugar separado, se podrá efectuar la moralización de la infancia como deseaban los reformadores, tanto católicos como protestantes, que querían formar hombres razonables y buenos cristianos: niños pobres o ricos serán desde entonces “bien” educados o crecidos.

Pero, de otra parte, este “sometimiento de los niños a la razón” no se hubiera podido realizar sin una conveniente intimidad de las familias que conocían al mismo tiempo una profunda metamorfosis: de ahora en adelante se expresa en el interior de la familia la afección entre padres e hijos —es el nacimiento de la vida privada que corresponde a una necesidad de intimidad e identidad que no podía satisfacer las promiscuidades de la antigua sociabilidad— y esta afección se manifiesta, entre otros aspectos, por la importancia creciente acordada a la educación de los niños. El retiro del niño del conjunto de la sociedad de los adultos, la familia y la escuela, de esta manera habrán contribuido a definir su identidad y el rigor observado para con él, no sería sino la honda imagen de un amor que llega a ser obsesivo e invasivo a partir del siglo XVIII.

11. Carta 633 (p. 338) a A Bucur Țincu

Dieppe, 8 de agosto de 1975

Querido Bucur

He oído que todos los puentes —y *hasta el nuestro*— fueron cubiertos por el agua.²⁷ Esto me ha destrozado por dentro. Con el tiempo, mi amor por Sibiu y sus alrededores, por Rășinari en primer lugar ha aumentado. Es como si de la vida no mereciera conservar nada fuera de la juventud, de la infancia, deseo decir. Ahora, que te has pensionado, ¿qué vas hacer? ¿Te establecerás en Rășinari? Yo así haría en tu lugar, al ser Bucarest una ciudad imposible. ¿Hasta dónde has llegado con la documentación sobre Goga? En París, frente a mi edificio se halla un hotel donde vivió uno de sus poetas favoritos. Ady Endre —espero que superes aquellas complicaciones que consideras “sin salida”—. Con cariño, Luț.²⁸

La demostración de Philippe Ariès es en realidad sostenida por una concepción relativamente lineal de la evolución de la morfología social: un cuerpo único, apremiante, que recibe en su seno toda clase de edades y de condiciones, que admite la yuxtaposición de los extremos, es sustituido, a partir de la época moderna, por pequeñas sociedades cerradas, las familias y los agrupamientos en clases que reúnen individuos cercanos por su parecido moral y la identidad de su género de vida. Es en el interior de este proceso de fragmentación social que progresivamente se desprende una identidad infantil que nace, en primer lugar, como el lugar de un arcaísmo: ya se trate del vestido, de los juegos o de los cuentos, la infancia heredaría los objetos, alguna vez compartidos por el conjunto de las edades en su experiencia de infancia.

V. Cierre

El desplazamiento de perspectivas de estudio sobre la infancia, que nos es familiar hoy en día, no era tan evidente hace una generación. La obra de Ariès fecundó todo un campo de investigación entonces ampliamente no cultivado. En mayor o menor grado, todos aquellos que se acercan

²⁷ Inundaciones de 1975.²⁸ El niño Emil Cioran era consentido en familia con la expresión “Luț”, de “Emil Luț”.

al estudio de la infancia como historiadores están obligados —ya sea para criticarla o para seguir sus conclusiones— a hacer referencia a esta obra pionera que anexaría un nuevo territorio —quizás sea mejor decir un nuevo sujeto— a la Historia, a los estudios culturales y a la Filosofía, entre otros campo

Las consideraciones de Cioran sobre la infancia se pueden asociar o comprender en un contexto donde diversos autores intentan explícitamente definir de manera general un tipo de niño a priori, sobre quien basar un conocimiento específico y una fenomenología del niño en la vida cotidiana. Una idea recurrente es la del niño como ser en sí mismo, anterior a lo social y a la cultura, inconocible, anterior a cualquier definición epistémica, ética, axiológica. Esta transcendencia filosófica de la infancia permite ver en ella el origen de todo valor y el paradigma de todo comportamiento humano. Esta concepción se expresa a través de la metáfora, este perfecto comienzo de la vida humana retoma el modelo infantil que se expresa en un ser que juega, se comunica mediante signos, imita, construye. El “pequeño niño” surge de una visión poética: una voz interior que no habla un lenguaje racional, pero es comprendida por todos, una maravilla absoluta, testigo de un mundo verdaderamente nuevo. Estas figuras de la infancia, que pretenden ser a priori o al menos fuera de la temporalidad, sin embargo, tienen connotaciones históricas, seculares o religiosas, y las especificidades que atribuyen al niño (las de ser tanto elemental como esencial) solo son aparentemente ajenas a las definiciones sociales y culturales: están arraigadas en ideologías históricamente definidas. Como proyecciones particulares de la idea de infancia, dejan abierta la cuestión de la posibilidad de un verdadero discurso general sobre el niño y la infancia hoy.

